



LA SOCIALDEMOCRACIA Y EL KIBUTZ

Amos OZ

¿Estamos todos condenados a elegir entre Margaret Thatcher y Leónidas Bréznev? ¿Existe un camino que no sea ni el darvinismo social ni una burocracia ideocrática? En algunas partes del mundo la tercera vía parece ser la vuelta a los tipos de religión que exhortan a sus adeptos a aceptar su pobreza material y a renunciar a los placeres de este mundo (que después de todo no es más que un «simple lugar de paso»).

Los discípulos de diversas sectas describen tanto el socialismo como el capitalismo como manifestaciones de la decadencia occidental. Sus auténticos creyentes rechazan las «miasmas hedonistas y materialistas de Occidente» y desprecian el «mundo de la modernidad». Esta clase de posturas son el más claro denominador común del extremismo islámico, el misticismo

eslavófilo ruso, el nacionalismo judío estrecho de miras, algunas formas de cristianismo y, quizá, los extremos fanáticos de los movimientos *verdes*. (Naturalmente también existen otras fuerzas religiosas bien diferentes: el socialismo católico, el movimiento de la teología de la liberación en América Latina y corrientes judías que muestran una sensibilidad social y moral.)

¿Existe una cuarta vía? La socialdemocracia ha retrocedido en algunos lugares, mientras ha ganado terreno en otros (incluyendo algunos de los antiguos países comunistas). Normalmente, la socialdemocracia no levanta las pasiones que parecen suscitar el comunismo, el capitalismo o la renovación religiosa. A pesar del hecho de que ninguna visión social decimonónica haya conseguido tanto éxito (y haya derramado tan poca sangre) como la idea del Estado del bienestar fomentada por el socialismo democrático, casi nunca encontramos un entusiasmo socialdemócrata. Quizá esto se deba al carácter fundamentalmente práctico de la socialdemocracia. Pero si ha tenido éxito, ¿por qué presenta ese aire apocado?

Algunos de los logros del Estado del bienestar han ido incorporándose gradualmente al capitalismo, de manera que mucha gente ha olvidado el movimiento que los ha impulsado: los sindicatos, el derecho a la huelga, la educación universal y gratuita, los servicios de sanidad públicos y el salario mínimo. Prácticamente todas las leyes respecto a la sanidad, las pensiones y el subsidio de desempleo son fruto de los esfuerzos socialdemócratas. Si por ejemplo se presentara esta clase de legislación hoy en día en Estados Unidos bajo la bandera del socialismo democrático, sería rechazada de plano. Además en algunos lugares los logros so-

***La socialdemocracia
no levanta las pasiones
que suscitan el comunismo
o la renovación religiosa.***

cialdemócratas se han llegado a dar por hechos, como si se tratara de un par de cómodas zapatillas. Los principios de la socialdemocracia son intrínsecamente «tibios» y evolucionistas. No despiden chispas de furia radical y están muy lejos de las embriagadoras barricadas y de las ideas revolucionarias de moda.

La invitación a identificarse con una revolución cuyos héroes son la «clase obrera» las «víctimas oprimidas del colonialismo», el equilibrio ecológico o aquellos sexualmente oprimidos, es mucho más vistosa y estimulante que una sensibilidad dirigida hacia los mayores o los parados, las personas que necesitan un complemento a sus ingresos o los enfermos crónicos. Además, el dejar un sabor a desilusión está en la naturaleza de los sueños que se hacen realidad o de las promesas cumplidas. Ni siquiera el triunfo no puede dulcificar la disminución de adrenalina que apareció en el momento de la batalla.

Que cuando llegue la noche nuestras vidas sean algo mejores

Como cada época es la más significativa para sus «habitantes», no tiene sentido conferir especial importancia al siglo XX. Sin embargo, hay algo sin precedentes en este siglo. Si enfocamos la historia según los cambios causados por los acontecimientos históricos en la vida cotidiana de la gente (en la cocina, la alcoba, el trabajo y las diversiones) veremos que en los últimos cien o ciento cincuenta años han tenido lugar más transformaciones que en cualquier periodo anterior: un «habitante» del siglo III a.C. transportado repentinamente al siglo III d.C. o un «habitante» del siglo V d.C. trasplantado al siglo XV, se adaptaría más fácilmente que cualquiera

de una época anterior transportado a la nuestra, y no sólo a causa de la revolución tecnológica. Desde el inicio de la civilización hasta el umbral de este siglo, los hombres y mujeres urbanos y rurales podían confiar desde la infancia en tres hechos inamovibles: dónde vivirían, a qué se dedicarían y lo que ocurriría con ellos después de muertos. Vivirían en el lugar donde habían nacido o a la vuelta de la esquina; él haría lo que había hecho su padre y ella lo que había hecho su madre o algo muy parecido, y después de la muerte irían a una esfera en cuya existencia creían de todo corazón.

Esta seguridad se ha desvanecido en los últimos tiempos sacudiendo los fundamentos del mundo de millones de personas. La certeza existente durante siglos no ha desaparecido de golpe, sino que ha ido disminuyendo (primero en pequeños enclaves y después en áreas cada vez mayores) a ritmo distinto según el «tiempo local». Incluso hoy en día hay amplios segmentos de la humanidad para los que esta certeza sigue existiendo.

Cuando desaparece la seguridad que nos era familiar, se crea una sed que intentan saciar las ideologías: sed de una guía, de un significado, de la sensación de que existe un propósito. Una gama cada vez más amplia de opciones personales ha creado la necesidad de un «manual» que nos enseñe cómo y qué elegir, o que nos libere de la carga de una elección independiente y de la soledad inherente a la acción de elegir.

La mayoría de las ideologías populares que se desarrollaron en el siglo XIX intentaban buscar una compensación global a la pérdida de estas «certezas íntimas» y proporcionarnos una guía de cómo comportarnos y qué preferir en

***Los socialdemócratas
no predicaban salvación
alguna, contentándose
con reformas y reparaciones.***

cualquier situación posible. Su objetivo era dar un significado a cada fenómeno, un propósito a cada hecho, dejarlo todo bien atado dentro del flujo de la historia. Tanto el liberalismo como el socialismo democrático son excepciones, porque no ofrecen una interpretación para cada fenómeno y no pretenden contar con preceptos absolutos para cada esfera de la vida.

Los socialdemócratas no luchaban por «arrasar el viejo mundo hasta sus cimientos» sino más bien por atemperar y modificar diversas tendencias sociales y algunas instituciones de la sociedad. Al contrario que diversas fuerzas radicales, los socialdemócratas nunca sintieron la necesidad de pintar un antagonista diabólico cuya destrucción anunciaría la redención del mundo. No predicaban salvación alguna y se contentaban con reformas y reparaciones. El movimiento socialdemócrata casi siempre se ha mantenido distante tanto del odio ardiente como del entusiasmo extático. Y también en esto el liberalismo y la socialdemocracia son similares. La diferencia más destacada entre ambos se encuentra en el hecho de que el liberalismo se centraba en la cuestión de las libertades y los derechos civiles, en la naturaleza del contrato deseable entre el individuo y las instituciones del Estado, mientras que la socialdemocracia también buscaba un modo gradual (y necesariamente imperfecto) de establecer justicia.

Los logros del socialismo democrático son tan manifiestos, que éste no suele percibirse como corriente ideológica.

Cuando John F. Kennedy exhortaba a sus compatriotas americanos a preguntarse «no lo que el país puede hacer por vosotros, sino qué podéis hacer vosotros por el país», en sus palabras resonaban ideologías que él mismo no compartía. Un liberal habría planteado simultáneamente la pregunta opuesta (¿qué puede y debe hacer vuestro gobierno por vosotros?), mientras que un socialdemócrata preguntaría: ¿qué estáis dispuestos a hacer junto con vuestros compañeros para el bien común de todos?

Más de un movimiento ideológico ha prometido a la humanidad una gran felicidad en el futuro que se conseguiría gracias a los sacrificios en el presente. Siempre se ha esbozado un arduo camino que llevaba a una tierra prometida, pero exigía que se soportasen «cuarenta años de travesía del desierto» antes de que uno o sus descendientes alcanzase el cumplimiento de la visión. Pero en el socialismo democrático no había un «destino final» ni una «tierra prometida». Confería su justa importancia al presente y con ello era quizá el más prosaico de los movimientos que pretendían reformar el mundo.

Al contrario que diversos movimientos «redentores», los socialdemócratas no tenían la visión de un apocalipsis que traería el «final de la historia» y el inicio de un reino eterno de felicidad. Más bien estudiaban qué podían hacer en el curso del día de hoy para que

cuando cayera la noche nuestras vidas fueran algo mejores que ayer y que el día anterior. De hecho, en este siglo nuestro tan dramático, el socialismo democrático es la ideología menos dramática y teatral que existe: sin uniformes ni desfiles, casi carente de símbolos y sin apenas héroes ni mártires. Pero lo más importante es que apenas tiene pretensiones de reformar la cultura.

A la larga, el socialismo democrático ha tenido más éxito que otros movimientos porque su percepción de la naturaleza humana era más sutil y compleja. Quizá no todo lo sutil y compleja que podría haber sido pero con seguridad menos simplista que la de algunos de sus adversarios. Admitía una gama más amplia de aspiraciones humanas, así como una mayor libertad (al menos como postulado) y aceptaba la imposibilidad, intrínseca de alcanzar la perfección. Igual que hiciera el liberalismo (pero en total contraste con otras tendencias a su izquierda y a su derecha), la socialdemocracia nunca intentó reemplazar la institución de la familia, remodelarla de acuerdo con necesidades ideológicas o colocarla en un contexto más amplio o «importante» que ella misma.

Otras ideologías que pretendieron realizar cambios revolucionarios en el orden social, no sólo fueron completamente derrotadas, sino además mancilladas por la sangre tanto de sus adeptos como de sus oponentes. Puede que el socialismo democrático haya desaparecido precisamente porque sus logros se hayan vuelto tan manifiestos que muchas personas no lo conciben como una corriente ideológica sino más bien como un clima templado; una parte del contrato al uso entre el individuo y la sociedad y entre el individuo y un gobierno ilustrado. Irónicamente, en algunos lugares los grandes logros de la so-

cialdemocracia casi la han llevado a morir dulcemente.

El padre lo promete para mañana, el niño lo quiere ya

No todos los sueños de los socialdemócratas se han cumplido. Quizá aún no hayan encontrado el tesoro principal en cuya busca partieron: en el corazón de la teoría socialdemócrata existió una vez la esperanza de que una sociedad que redujera el abismo entre ricos y pobres y que legislara en favor de una responsabilidad mutua (una especie de «ética familiar ampliada») engendraría una solidaridad espontánea entre sus miembros. Algo como «el hábito convertido en segunda naturaleza», el fin de la alienación y del «pez grande que se come al chico».

A este respecto los discípulos del Estado del bienestar socialdemócrata han sufrido una constante decepción. En sus más celebrados ejemplos en Escandinavia, el Estado del bienestar se ha visto enredado en una red de burocracia impersonal. Desde luego que esta burocracia es completamente distinta de aquella cruel y degenerada de las dictaduras comunistas: la burocracia socialdemócrata es comedida y bienintencionada. Y precisamente a causa de sus buenas intenciones ha habituado a mucha gente a verla como una especie de padre sustitutorio, justo y responsable pero impersonal y siempre ocupado. El Estado se ha convertido en padre, la administración en madre y el papel de ambos progenitores es cumplir todas las necesidades del ciudadano o ciudadana, que se han acostumbrado a verse a sí mismos como un eterno menor. Con su éxito, el Estado de bienestar ha creado una ética del sentirse con derecho, del «yo me merezco», sin tener en cuenta mi es-

fuerzo o mis logros. Y esta ética ha degenerado rápidamente en una especie de amargura constante: «estoy en desventaja», «otros consiguen más que yo» o «ellos recibieron antes que yo». Un impulso de igualdad mecánica e incluso agresiva ha conseguido una extendida legitimidad en las democracias sociales.

En el Estado de bienestar vemos con frecuencia a la administración y al ciudadano enfrentados como un niño recalcitrante y un padre poco colaborador. El niño dispone del poder de castigo del bebé, la rabieta, que incluye la utilización del argumento infantil «¿entonces cómo es que ellos sí pueden?». Y el padre está justificándose constantemente, farfullando que lo que no puede concederse hoy se dará sin lugar a dudas mañana... o pasado.

Quizá esto sea una de las fuentes de crisis en los Estados del bienestar socialdemócratas, hasta en los más ricos entre ellos: no hay de dónde coger para dar a los ciudadanos lo que «merecen», que es algo indefinido y en principio ilimitado. Según la «ética del tener derecho» se tiene derecho a la educación, incluyendo la secundaria, la post-secundaria, la licenciatura, ¿y por qué no un máster o un doctorado? Quizá se tenga también derecho a recorrer el mundo durante uno o dos despreocupados años y derecho a un periodo de aprendizaje y especialización. Todo esto es responsabilidad del «mundo adulto», de los pa-

***Un impulso de igualdad
mecánica y agresiva
tiene una extendida legitimidad
en las democracias sociales.***

dres y del Estado... o más bien los padres que exigen que el Estado asuma la mayor parte de la responsabilidad. Y todo esto significa que la infancia se prolonga hasta casi los treinta años y hasta entonces el Estado debe mantenerle a uno —bien directamente o indirectamente, a través de la asistencia o los subsidios a sus padres— porque todavía se está preparando para la vida. Y el Estado debe esperarle de nuevo en el siguiente recodo del camino treinta años después, para darle una bata calentita y unas pantuflas, porque ahora está retirado y merece estirar las piernas en un sillón de jubilado mientras que el Estado se ocupa de él, le proporciona lo que necesite, le cura, le entretiene y le mima un poco.

Bien, no existe aritmética en el mundo mediante la cual treinta generaciones que trabajan y son productivas puedan conseguir mantener y mimar (además de a sí mismas) a otras cuarenta o cincuenta generaciones que o bien no han empezado aún a ser productivas o ya han acabado su turno y se han ido a descansar. Todo esto en una época en la que crece la esperanza de vida en los países ricos. También nos deberíamos preguntar si todo el mundo merece una educación superior, una especialización exhaustiva o un diploma o dos. ¿Qué harán todos estos expertos diplomados en un mercado laboral que sólo necesita a unos pocos de ellos? ¿Y quién, si no son los pobres inmigrantes

***Una de las razones del declive
de la socialdemocracia
es que no ha dejado nada
con qué soñar.***

del Tercer Mundo, hará todo el trabajo «no cualificado»?

Parafraseando el famoso llamamiento de Martin Luther King Jr. «tengo un sueño», se podría decir que una de las razones del declive de la socialdemocracia es que no ha dejado nada con qué soñar. Y sin embargo su promesa a sus ciudadanos (o a sus hijos) se está haciendo cada vez más difícil de mantener: «Votadme y aumentaré vuestros beneficios». Con toda seguridad este cuerno de la abundancia está condenado a agotarse un día, pues ¿de dónde va a salir dicha abundancia?

A veces se describe la controversia entre los conservadores y aquellos que quieren reformar el mundo como una controversia entre la libertad y la justicia: ciertos conservadores junto con algunos liberales ven las demandas de justicia social como una amenaza a la libertad individual. No os atreváis a planificar la sociedad y reformar a la humanidad, no sea que nos traigáis *gulags*. El socialismo responde que el ideal de la libertad es a veces un pretexto para el derecho del fuerte a explotar al débil.

Esta controversia revela cierta diferencia de opinión respecto a la naturaleza humana. ¿Es ésta intrínsecamente buena? ¿Todo irá bien si se la deja a su aire? ¿O es la naturaleza humana intrínsecamente mala, y «si no fuera por miedo a la ley, la humanidad devoraría a su prójimo», como dicen los sabios judíos?

Este enfrentamiento contiene una paradoja latente: los conservadores suelen ser escépticos e incluso pesimistas respecto a la naturaleza humana. Sin embargo, sostienen que lo mejor es reducir al mínimo la intervención de la sociedad y el gobierno en los conflictos entre indivi-

duos y grupos. Por su parte, los socialistas tienden a ser optimistas en su concepción de la naturaleza humana y sin embargo —¡quién lo diría!— predicán la planificación social y la limitación del poder desde arriba. Encontramos a conservadores que creen que a través de los mecanismos naturales del equilibrio, el egoísmo inherente a cada individuo organizará millones de actividades egoístas en un ruedo público ordenado y próspero. Por ello la sociedad debería mantener su interferencia al mínimo.

A medio camino entre los socialistas y los conservadores existen diferentes liberalismos que ven a los seres humanos como calculadores, individualistas y ciertamente motivados por el egoísmo, pero no necesariamente como bestias depredadoras. Este punto de vista sostiene que la libertad individual, incluyendo el derecho a la propiedad, necesita sólo de una limitación mínima e incluso ésta debería estar anclada en un contrato sensato entre los ciudadanos y su gobierno.

En la controversia referente a la bondad o los peligros de la naturaleza humana, puede que lo mejor sea apoyar a los pesimistas, aunque sólo sea por cautela: los humanos son a veces peligrosos para sus semejantes, ya sea motivados por el ansia de dinero y poder o envueltos en los ropajes del patriotismo, ya sea impulsados por el celo religioso, el éxtasis chauvinista o la devoción ideológica.

A la vista de los hechos al menos, parece que el reconocimiento por parte de los conservadores del egoísmo que caracteriza la naturaleza humana es un argumento a favor de la conclusión socialdemócrata de que es necesario controlar las luchas de poder entre los individuos. Los liberales pueden ense-

ñarnos que estas restricciones deben limitarse y mantenerse bajo un fuerte control.

La creencia optimista de que una reforma de la sociedad conllevaría una mejora de la naturaleza humana, ha resultado falsa. El Estado del bienestar no ha convertido a sus ciudadanos en hermanos y hermanas. La educación socialista no ha conseguido erradicar de los corazones de sus alumnos los instintos más bajos del egoísmo, la competencia, la violencia y la envidia. Los trabajadores del mundo no se han unido. Los niños de los *kibutz* no se han convertido en una nueva especie de seres humanos benévolo. Puede que el error haya estado en asumir que «el camino al corazón del hombre pasa por su estómago», que en esencia somos todos criaturas económicas: dados un cierto grado de seguridad material e inmediatamente sentiremos una satisfacción generalizada; nuestro carácter mejorará y nuestros instintos más bajos desaparecerán. No ha sido así.

El pueblo dentro de la metrópolis

En un mundo donde la mayoría de la gente va hacia la urbanización, la profesionalización, el distanciamiento entre vecinos y la separación entre el trabajo y la vida familiar, parecería casi absurdo esperar una renovación de los antiguos «círculos de respeto y pudor».

***El Estado de bienestar
no ha conseguido
convertir a sus ciudadanos
en hermanas y hermanos.***

***Una socialdemocracia nueva
y más moderna podría basarse
en la implicación activa
de cada individuo en la sociedad.***

Muchos de nosotros abandonamos nuestros hogares por la mañana para unirnos al interminable ciempiés de vehículos privados que avanza penosamente por la carretera, y otros para ir apiñados como ganado entre extraños en trenes y autobuses abarrotados. Pasamos la mayor parte de nuestras horas de vigilia rodeados de extraños o de conocidos superficiales, ligados por lazos de jerarquía profesional o competencia. Por la noche volvemos a casa para descansar y relajarnos o salimos para disfrutar del entretenimiento de una velada también entre extraños. El Talmud nos dice: «Y si un hombre ve que su deseo le vence, que vaya a un lugar de extraños...». Literalmente, con personas cuyo respeto personal no es importante para él y cuyas burlas o ira no le avergüencen. En muchas partes de nuestro mundo las auténticas relaciones personales sólo han sobrevivido dentro de la familia nuclear. El mundo más allá de la familia se ha convertido en un campo de batalla, un concurso de méritos o un desierto.

Y sin embargo aquí y allá podemos encontrar lugares donde ha empezado a desarrollarse una nueva rutina. Cada vez más personas trabajan desde casa. Cada vez más estudiantes estudian en su habitación delante de la pantalla de un ordenador en vez de en un aula delante de una pizarra. Si realmente esta tendencia, resultado de la revolución informática, está cambiando los hábitos de

vida a escala significativa, podría haber una oportunidad real para el renacimiento de comunidades pequeñas y de buena vecindad: en barrios residenciales, en vecindarios o en bloques de pisos. En lugar de en el conocido hormiguero de naves industriales y jaulas de oficinas, una persona podrá descansar del lugar de trabajo en casa tomando un café o almorzando con su familia o vecinos en la cafetería local, en un club cercano o en el restaurante de la esquina. Podremos volver a abrir canales de comunicación con personas que no sean ni nuestros supervisores ni nuestros subordinados y volver a crear relaciones que no sean meramente jerárquicas, entre colegas o entre competidores.

La renovación del entramado vecinal, las pausas para tomar café en la cafetería local, los encuentros espontáneos con los vecinos... todo esto crea la posibilidad de revitalizar la comunidad de conocidos, el pueblo dentro de la metrópolis. Esta clase de comunidad ofrece a los padres la oportunidad de implicarse en la educación de los hijos: podrán dejarse caer por la escuela para ver como está su hija o pasar un rato en la guardería para leerle un cuento a su hijo.

Reforzando estos círculos no excesivamente amplios de vecinos que se conocen unos a otros así como mediante una sociedad civil recorrida por un entramado de organizaciones de voluntariado y grupos de apoyo y de estudio, crearemos las condiciones necesarias para una cultura de respeto y pudor. Esto podría generar una clase de socialdemocracia nueva y más madura, basada en la implicación activa de cada individuo. Los servicios sociales, la educación, el crimen o los temas del medio ambiente local ya no serán únicamente responsabilidad de lejanos miembros del parlamento, de la policía o de «auto-

ridades» anónimas. Se podrá reunir a los vecinos para pasar a la acción.

De forma similar no nos veremos forzados a mandar a nuestros mayores y enfermos a instituciones donde les perdamos de vista y nos olvidemos de ellos. Podremos cuidar de ellos (al menos hasta cierto punto) en el marco del vecindario.

Dentro de esta comunidad íntima del vecindario, podrá restablecerse una multitud de obligaciones humanas que las personas, agotadas por tener que desplazarse cada día grandes distancias entre su hogar y su trabajo, han traspasado al Estado de bienestar. Más que personas que defienden sus derechos rellenando formularios, podremos convertirnos en socios dentro de nuestras propias vidas.

Diferenciador e integrador

La socialdemocracia puede recuperar su vigor si busca inspiración en los mejores aspectos del *kibutz*: una comunidad de conocidos donde la gente está vinculada por círculos de respeto y pudor. Lo que uno haga mal o de forma equivocada le acarrearán vergüenza. Cuando funciona de forma idónea, en un *kibutz*, en vez de pasar la mayor parte del tiempo tanto dentro como fuera del trabajo entre extraños y conocidos superficiales, se está entre gente cuyo respeto se anhela. Más que la ganancia, el reconocimiento profesional o la envidia de nuestros logros materiales, lo que buscamos en ellos es afirmación personal.

En toda sociedad, aunque sea muy pequeña e incluso dentro de la familia, actúan dos fuerzas contradictorias: un vector integrador y uno diferenciador.

***El carácter socioeconómico,
tan popular hoy en día,
considera virtudes el egoísmo
y la competencia desenfrenada.***

El integrador es el que mantiene unidas a las parejas, los amigos, los socios o un *kibutz*. El diferenciador es la fuerza que los separa. ¡Ay de la sociedad en la que el diferenciador sea más fuerte que el integrador!

El código en el que se basaba el vector integrador del *kibutz* (y del movimiento laborista israelí en general) era un código de sensibilidad frente a la injusticia. Desde luego que mezclados con la fuerza integradora había también elementos de ansia de poder, disciplina de partido, conformismo, hipocresía y cierta medida de retórica vacía: los fallos y carencias del laborismo israelí y del movimiento de *kibutz* son hoy de dominio común. Pero quizá debamos recordar que estos movimientos no fueron exclusivamente un fracaso y una desgracia: a pesar de su hipocresía, su carácter farisaico, su grandilocuencia y su conformismo, sus códigos de igualdad y lucha contra la injusticia eran auténticos.

El vector diferenciador nos recuerda una y otra vez que nos explotamos unos a otros, que levantamos un muro entre nosotros y nuestros compañeros o que somos un problema para los demás. El carácter socioeconómico que es tan popular hoy en día es en esencia un carácter diferenciador (agarra lo que puedas) que considera virtudes el egoísmo y la competencia desenfrenada. En la opinión actual de muchos, la pobreza es

problema de los pobres y la enfermedad lo es de los enfermos y sus familias. La sociedad occidental se está convirtiendo cada vez más en una empresa de responsabilidad limitada. La marea de la abundancia en esta próspera sociedad no sube en todos los hogares; quizá ni siquiera lo haga en la mayoría.

Más aún: estos enclaves de riqueza surgen en un mundo donde más de la mitad de la humanidad está empobrecida y sin esperanza. El mundo de los ricos galopa por su sendero, sintiéndose seguro en su visión banal de la naturaleza humana, sosteniendo que un estómago lleno sólo anhela lujo, manjares y diversiones. Para proporcionar un continuo estímulo a este apetito, se ha desarrollado una gigantesca industria que ha creado una pornografía del consumo: un fetichismo de símbolos de estatus que brillan con los colores del arco iris, calcetines tejidos con un brillo trascendental, píldoras digestivas iluminadas con el evangelio del apocalipsis, geles limpiadores revolucionarios que dejan un resplandor celestial, inodoros futuristas que al tirar de la cadena hacen entrar el amanecer de un era mesiánica. Y los ricos son empujados por el bombo y platillo de la pornografía del consumo a trabajar más allá de su límite humano para ganar más de lo que necesitan, de manera que puedan comprar cosas que no desean realmente para impresionar a extraños que en realidad no les importan.

***La sociedad occidental
se está convirtiendo
en una empresa
de responsabilidad limitada.***

«Nadie es una isla»

Sólo podemos renovar o reconstruir una fuerza social integradora sobre la base de una sensibilidad que advierta cuando se hace el mal y una sed de justicia unida a la conciencia de que nos necesitamos unos a otros. A este respecto el movimiento laborista israelí o el *kibutz* en su aspecto más positivo han sido más eficaces que el Estado del bienestar de Europa occidental o Escandinavia. Entre los años veinte y los sesenta se creó en Israel una esfera pública con un cierto sentido de la intimidad. La intimidad entre individuos estaba a veces sobrecargada por una intensa afinidad mutua que mezclaba cercanía, tensión, cooperación, cotilleos, reponsabilidad mutua, conformismo intelectual y un enfrentamiento fructífero. Quizá esto se debiera también a una situación histórica única (la euforia del nacimiento de una nación) que creó un estado febril y cierto grado de intensidad intelectual y emocional. En aquellos años las personas hablaban unas con otras noche y día. Si te ibas a dormir revelabas cierta debilidad: quien valía la pena no se marchaba a la mitad; y esta «mitad» era casi infinita.

Bajo los regímenes comunistas se creó una realidad en la que los individuos eran enemigos: lo que es bueno para ti casi siempre es malo para mí, y lo que es bueno para mí casi seguro que a ti no te hará ningún bien. Paradójicamente, hay una cierta similitud entre esta atmósfera comunista y el espíritu que imbuye los países capitalistas: el «otro» en esencia no es más que mi cliente, mi proveedor, mi adversario o —en el mejor de los casos— un socio (temporal) vinculado por el interés mutuo. En las socialdemocracias a veces se desarrolló una educada indiferencia ha-

cia el otro: todos estamos ligados a la misma ubre, mamamos de ella y mientras te mantengas lejos de mi tetilla, bienvenido seas a la tuya.

Si aún existe o empieza a resurgir la necesidad del «otro» entonces puede que haya un futuro tanto para la socialdemocracia como para la idea del *kibutz*. Es difícil imaginar como será el *kibutz* dentro de unos años. ¿Se seguirá llamando *kibutz*? ¿Será una continuación de los *kibutzim* ahora existentes? ¿Surgirá en otros lugares bajo una encarnación diferente? En cualquier caso es dudoso que conserve su atmósfera de barracones y patio común. Parece poco probable que la gente dance una *hora* extática o cante alrededor de una fogata hasta bien entrada la noche. O que discuta, debata, vote y vuelva a discutir hasta el amanecer. Quizá se reinvente el *kibutz* en otros países. Existe la posibilidad de que el *kibutz* perdure o reaparezca porque cumple una de las necesidades humanas más antiguas y persistentes: la necesidad de solidaridad, la sed de compañerismo. Y ésta es una sed que ni los regímenes comunistas ni la realidad capitalista y ni siquiera el burocrático Estado del bienestar pueden satisfacer (pero no debemos nunca intentar satisfacer esta sed a expensas de otra sed humana igual de profunda, una sed de intimidad, individualidad y cierta medida de soledad).

Quizá ahora, en el umbral del siglo XXI, la idea del *kibutz* tenga mayor actualidad que nunca. Una sociedad sin una dimensión de empatía se convierte en terreno fértil para toda clase de sectas y cultos. Engendra gurús, *mulás* y *ayatolás*, «mayorías morales», falsos mesías y proveedores de toda clase de éxtasis que responderán a la necesidad de una sociedad íntima que modere la presión competitiva: la necesidad espi-

***No debemos permitir
que las aspiraciones
de igualdad se conviertan
en aspiraciones de uniformidad.***

ritual de solidaridad y de círculos de respeto y pudor.

Una sociedad empática no exige al individuo que se sacrifique por los demás y no busca borrar la frontera entre uno mismo y la persona más cercana. No debemos permitir que las aspiraciones de igualdad se conviertan en aspiraciones de uniformidad o en un intento de hacer que todos nos parezcamos unos a otros. *El valor de la igualdad humana debe basarse en el igual derecho de los seres humanos a ser diferentes unos de otros* sin dejar que las diferencias se conviertan en fuente de privilegio. El valor de compartir no significa la autoanulación, pues sin un sentido de nosotros mismos no tendremos nada que compartir con nuestro compañero. El valor de la solidaridad se basa en la premisa de que «nadie es una isla; cada uno es parte de un continente». De hecho lo más probable es que la mayoría nos parezcamos más bien a penínsulas.

Una sociedad empática

El *kibutz* erró gravemente cuando intentó poner en práctica los valores de igualdad y solidaridad por medio de regulaciones que mermaban el carácter único del individuo. Más de una vez los *kibutzniks* cometieron el error de intentar preservar las reglas y regulaciones cuando la solidaridad se debilitaba bajo sus prohibiciones mezquinas.

***Puede que el «kibutz»
sea una fuente
de inspiración para
futuros reformadores sociales.***

Hay siempre un abismo tragicómico entre los soñadores y sus sueños: los sueños son nobles mientras que los soñadores están atormentados por contradicciones y por ello todo sueño que se convierte en realidad está condenado a ser parcial y estar lleno de imperfecciones. Quizá la única manera de mantener intacto un sueño sea no intentar nunca cumplirlo. Por ejemplo, el *kibutz* nació del sueño y la aspiración de mejorar la naturaleza humana en una o dos generaciones cambiando las circunstancias sociales. Pero este cambio de circunstancias se conseguía a veces mediante una presión social que tenía el fin de reprimir perturbadores apetitos de clase media (puede que hubiera sido más sabio llegar a un compromiso con estos apetitos).

Y sin embargo parece que no hay otra estructura social que haya conseguido ofrecer una satisfacción no ritual al anhelo humano de camaradería en el transcurso de al menos tres o cuatro generaciones. Aunque sólo sea a escala de laboratorio, la experiencia del *kibutz* demuestra que aquellos que ven a la humanidad como una especie depredadora, no tienen razón del todo. Bajo ciertas condiciones, los seres humanos pueden mostrar un cierto grado de solidaridad entre ellos, están dispuestos a compartir voluntariamente y canalizan sus instintos competidores en una dirección no materialista. En el *kibutz* ningún problema, sea de quien sea, es «su pro-

blema»; toda persona es «nuestro problema» aunque sea un alborotador y una carga. Estos logros son escasos en la historia de los experimentos sociales. Hasta cierto punto el *kibutz* consiguió mantener un sentimiento continuo de responsabilidad mútua entre gente que no estaba emparentada por sangre ni matrimonio y que no estaba subordinada a autoridad superior o externa alguna. Además el *kibutz* no era un enclave aldeano marginal que quedara fuera del siglo XX: estaba muy cerca del pulso de la época. El *kibutz* es una posible fuente de inspiración para futuros reformadores sociales que pueden intentar evitar sus deficiencias. Basándose en los recursos del humor, el relativismo, la paciencia y la capacidad de vivir con las paradojas de la naturaleza humana, se podrá recuperar la idea del compañerismo. Lo que exige esta renovación es el esfuerzo de unir las ideas comunitarias con una visión liberal del mundo.

Una vez que renunciamos al paraíso imaginario en el que una sociedad iluminada engendra individuos moralmente elevados, no hace falta que caigamos en el infierno darwinista. Hay una alternativa al paraíso y al infierno que nos permite reconciliar la libertad imperfecta con la justicia social imperfecta. Quizá no sea inconcebible basar las conclusiones de la socialdemocracia en las asunciones «conservadoras» cautamente pesimistas acerca de la naturaleza humana. (A.D. Gordon, uno de los primeros pensadores sionistas utópicos, formuló la hipótesis de que si los oprimidos de este mundo realmente hubieran querido liberarse, su problema se hubiera resuelto hace mucho. El verdadero problema, decía Gordon, era que a menudo el sueño de los oprimidos era oprimir a otros y el objetivo de los explotados, explotar a sus semejantes.) La

amarga lección que aprendieron los socialdemócratas cuando se dieron cuenta de que unas mejores condiciones de vida y una sociedad ilustrada no garantizaban la creación de un ser humano mejor e ilustrado, debería reforzar nuestra conciencia de la necesidad de la sociedad de regular y limitar los terrenos de caza del deseo y del egoísmo: de proteger a los pobres y necesitados. No sólo deberíamos trabajar para evitar, por medio de la educación y una prudente legislación, la concentración de la riqueza de las naciones en cada vez menos manos, sino que deberíamos repartir esta riqueza por todo el entramado social.

¿Cómo podemos intervenir sin suprimir? ¿Cómo podemos guiar sin pisotear? ¿Regular sin infringir la libertad

individual? ¿Apoyar y proteger sin ampliar la burocracia? ¿Cómo podemos refinar nuestros instintos de competencia y éxito sin sofocarlos?

Mientras recordemos que el fin no justifica los medios, tendremos un posible punto de partida: ni el valor de la libertad ni los valores de la igualdad y la justicia deberían convertirse en ídolos. Ni el deseo de generar prosperidad económica por medio de una competencia desenfrenada ni la aspiración de proteger a los débiles de toda consecuencia de una competencia despiadada deberían convertirse en un rito que abarque toda nuestra vida.

Tenemos que buscar un equilibrio.

Traducción de Julia García Lenberg